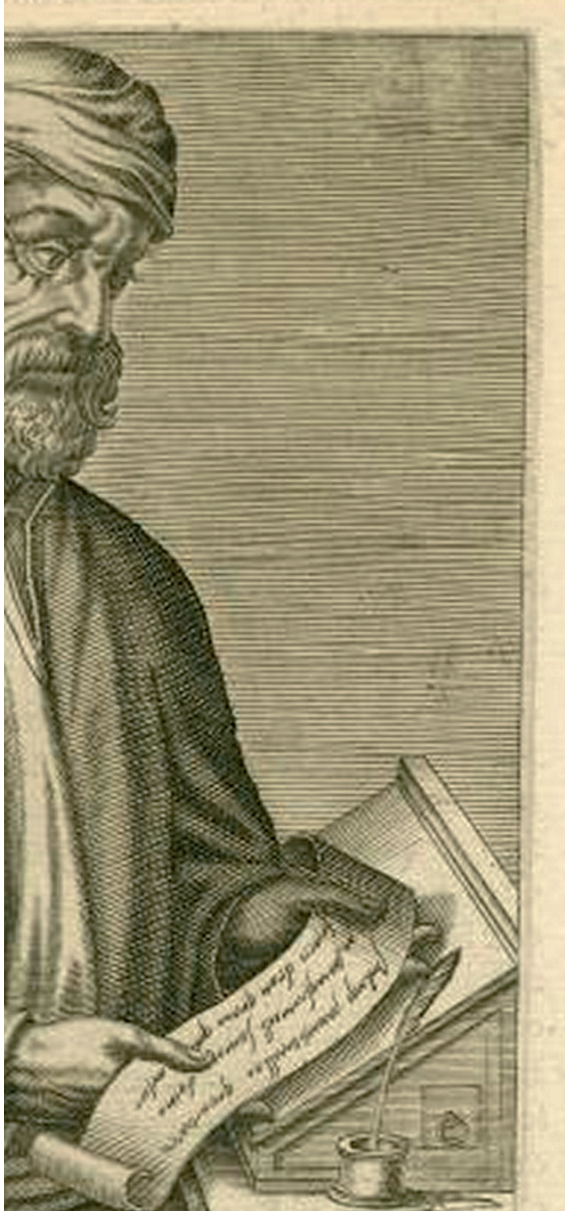


Quinto Septimio Florente Tertuliano, conocido apologista, vivió aproximadamente entre 160 y 220



Fuera del matrimonio, la actitud es justo la contraria. Así, tenemos las afirmaciones de la *Carta a Diogneto*: “Ponen la mesa en común, pero no el lecho. Están en la carne, pero no viven conforme a la carne”. La idea es corroborada por Teófilo: “Considera, pues, si quienes tales enseñanzas reciben, pueden vivir indiferentemente y mancharse con uniones ilegítimas”. Afirma este mismo Padre de la Iglesia que es desaconsejable contemplar tanto los espectáculos de gladiadores, para no hacerse cómpli-

ces de aquellas muertes, como otros espectáculos, para que los ojos y oídos no se hagan impuros con la participación en los cantos. Y precisa, con respecto al adulterio, que “*allí se representan tragedias en que lo cometen no sólo los hombres, sino los mismos dioses, contándolo con melodiosos versos, no sin honores y premios. ¡Lejos de los cristianos pasarles por pensamiento hacer nada de eso!*”.

Obras y deseos. También evitan los cristianos los pecados de pensamiento. Justino, en su *Apología*, escrita alrededor del año 150, declara (I,15): “*Así pues, para nuestro Maestro, no sólo son pecadores los que contraen doble matrimonio conforme a la ley humana, sino también los que miran a una mujer para desecharla, pues no sólo se rechaza el que comete de hecho un adulterio, sino también el que quiere cometerlo, puesto que ante Dios no están sólo patentes las obras, sino también los deseos*”.

La continencia ha desembocado de modo frecuente en la virginidad: “*Es fácil hallar a muchos entre nosotros, hombres y mujeres, que han llegado a la vejez célibes, con la esperanza de más íntimo trato con Dios*”, afirma Atenágoras. Y Justino se expresa también de este modo: “*Entre nosotros hay muchos y muchas que, hechos discípulos de Cristo desde niños, permanecen incorruptos hasta los sesenta y setenta años, y yo me glorío de poderlos mostrar de entre toda raza de hombres*”. Continúa después Justino hablando de la muchedumbre innumerable de los que se han convertido de una vida disoluta y han aprendido esta doctrina, pues “*no vino Cristo a llamar a penitencia a*

los justos ni a los castos, sino a los impíos, intemperantes e inicuos”.

Predominio del bien. Aunque la enseñanza de la Iglesia ha sido constante en este ámbito moral, quizá más que la doctrina ha pesado el ejemplo de vida de los cristianos.

A finales del siglo II, Tertuliano escribe un tratado en dos libros titulado *A los paganos*. En esta obra (I.5) se reconoce que ha podido haber algunos cristianos poco honestos, que reciben la justa acusación de los paganos: “*Son pésimos y depravados por su avaricia, lujuria y maldad*”. Tertuliano admite que esto no se puede negar de algunos, pero añade que, en realidad, basta para la defensa del cristianismo afirmar que no son todos, ni siquiera la mayoría.

Y concluye con una serie de comparaciones de una belleza literaria fuera de lo común: “*Es inevitable que en el cuerpo, aunque éste sea íntegro o puro, salga un lunar, o brote una verruga, o lo manche una peca. Ninguna bonanza tan clara limpia el mismo cielo, de modo que ni siquiera se dibuje la pequeña guedeja de alguna nubecilla; una manchita en la frente, expuesta en lugar bien visible, se aprecia mucho más claramente cuando el conjunto está limpio. La mayor cantidad del bien emplea en su propio testimonio una pequeña cantidad de mal. Cuando probáis que algunos de los nuestros son malos, no por eso mismo probáis que lo son todos los cristianos. ¡Buscad una escuela a la que se impute en modo connatural la malicia! Incluso vosotros mismos cuando conferenciáis alguna vez contra nosotros decís: ‘¿Por qué ese defrauda, si los cristianos no lo hacen? ¿Por qué es tan cruel, si suelen ser amables?’ De esta manera dais testimonio de que no son así los cristianos, cuando pensáis por qué son así los que se dicen cristianos*”. ■

Jerónimo Leal

Profesor de Historia de la Iglesia (Roma)

Al rechazar las acusaciones dirigidas contra los primeros cristianos, los apologistas nos han dejado valiosos testimonios acerca de su manera de vivir con ejemplaridad y naturalidad la fe en Cristo y la moral natural y revelada. Era inevitable el contraste con las costumbres paganas